

DE LOS ORÍGENES A LA LUCHA GUERRILLERA

EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL PCE (I)

Francisco Erice Sebares



EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL PCE (I)
**DE LOS ORÍGENES
A LA LUCHA GUERRILLERA**

por

FRANCISCO ERICE SEBARES

Profesor Titular de Historia Contemporánea
de la Universidad de Oviedo



Comité Federal
Secretaría de Formación

Estos materiales han sido editados para su distribución. La intención de los editores es que sean utilizados de la forma más amplia posible, adquiridos originales permitiendo así nuevas ediciones y, en caso de reproducción, esperamos se haga constar el título y la autoría de la edición

Edita:

Partido Comunista de España

Secretaría de Formación

correo-e: formacion.debate@pce.es

C/ Olimpo 35, 28043, Madrid

Página web: www.pce.es

Maquetación: Secretaría de Comunicación / PCE

Primera edición: julio 2012 [1000 ejemplares]

Segunda edición: noviembre 2013 [1000 ejemplares]

ISBN: 978-84-87098-54-3

Depósito legal: M-30980-2013



Frans Masereel

Ilustración para la edición alemana
del Manifiesto Comunista
[1914-1919]

La fundación y los primeros años (1920-1931)

Los partidos comunistas surgen, en los distintos países, de dos factores combinados. El primero es el descontento en la izquierda de las organizaciones obreras por la política moderada o reformista de los partidos socialistas y por su colaboración con las respectivas burguesías cuando, al desencadenarse la Primera Guerra Mundial, la mayoría de ellos se suman a la denominada **unión sagrada**, renunciando al internacionalismo. El segundo es la influencia de la revolución soviética de Octubre de 1917, que despertó un notable entusiasmo entre los grupos organizados de trabajadores en todo el mundo.

En general, el proceso supuso la fractura, con consecuencias distintas según el caso, de los partidos socialistas, divididos internamente entre *reformistas* y *revolucionarios*. Este segundo sector, al que en ocasiones se unieron efectivos procedentes de otras organizaciones y grupos, recibió los nuevos estímulos que venían de Rusia y se constituyó en partido comunista. La ruptura se aceleró cuando, en 1919, confiando en la inminencia de la revolución en toda Europa, se creaba la Tercera Internacional o Internacional Comunista (también conocida por el término ruso Komintern) y, al año siguiente, se establecían para ser admitido en ella las denominadas **veintiún condiciones**, tendentes a constituir un partido comunista mundial con secciones nacionales organizadas e inspiradas por principios revolucionarios sólidos y homogéneos.

Al igual que los demás partidos comunistas, el PCE nace también en medio de esa conmoción. Previamente, al calor generado por el Octubre ruso, fueron formándose núcleos de simpatizantes que luego defenderían, tanto en las organizaciones socialistas como en la CNT, posturas *terceristas* o de adhesión a la Internacional Comunista (IC); o bien –en el caso de la CNT– a su sección sindical, la Internacional Sindical Roja (ISR). En un primer momento, la presión de las bases obligaría a la CNT y al PSOE a adoptar

actitudes de aproximación a la IC, aunque luego las direcciones socialista y anarcosindicalista lograrían dar marcha atrás en el proceso. Por entonces se asistía en España a una etapa de intensa radicalización obrera, derivada de causas internas (situación económica y crisis del sistema político), pero también alimentada con el ejemplo soviético. El miedo de la burguesía y las *gentes de orden* hizo que al período vivido en nuestro país en 1918-1920 se le llegara a denominar *trienio bolchevique*. Sin embargo, como un factor más que dificultaría su desarrollo inicial, los primeros pasos de las organizaciones comunistas españolas coincidirían ya con una etapa en la que se iniciaba el reflujó de las movilizaciones y la agitación social.

Dentro del socialismo, desde 1918 fueron formándose grupos y colectivos inspirados por la revolución de Octubre, aglutinados en torno a publicaciones como *Nuestra Palabra*, *El Soviet* o el semanario *La Internacional*. El entusiasmo prendió especialmente entre los jóvenes, alentado en particular por núcleos como el de estudiantes socialistas madrileños, que pronto comenzaron a plantearse la creación de un partido nuevo que siguiera la estela de los *diez días que conmovieron al mundo*, por utilizar la expresión del conocido periodista y fundador del PC norteamericano John Reed para referirse a los acontecimientos de Rusia.

La fundación del nuevo partido se desarrolló en dos momentos sucesivos. Como primer acto, en abril de 1920, el Comité Nacional de las Juventudes Socialistas daba el paso de transformar la organización en el Partido Comunista Español. Fue éste el conocido como *partido de los cien niños*, por el carácter mayoritariamente juvenil de su militancia, escasa y radicalizada. Aunque la mayor parte de los aproximadamente dos millares de adherentes con que contaba eran obreros, su dirección y el principal grupo inspirador estaba integrado en parte por *intelectuales* o trabajadores no manuales, destacando el que sería su primer Secretario General Ramón Merino Gracia (maestro), Luis Portela (tipógrafo), Gabriel León Trilla (licenciado en Filosofía y Letras) o José Bullejos (empleado de telégrafos). Un año después, en abril de 1921, tendría lugar el segundo acto

del proceso. En un congreso extraordinario del PSOE se discutió sobre la adhesión a la IC, partiendo de sendos informes contradictorios de Daniel Anguiano (favorable) y Fernando de los Ríos (contrario a la misma), que habían viajado a Rusia para conocer la situación del *país de los soviets*. La derrota de las posiciones *terceristas* provocó entonces la salida de una treintena de destacados militantes, algunos de ellos veteranos dirigentes del Partido Socialista (García Quejido, Núñez de Arenas, Anguiano, Pérez Solís, Virginia González, Isidoro Acevedo), que inmediatamente procedieron a la creación del Partido Comunista Obrero (PCO).

El PCO, a diferencia del PC, contaba con mayor base proletaria y cierta presencia sindical, especialmente entre los mineros de Asturias y Vizcaya. Mientras que el Partido Comunista Español se caracterizaba por su *izquierdismo*, el PCO arrastraba, indudablemente, muchos de los rasgos propios de la vieja cultura moderada del PSOE. Por entonces, el PC español debía contar con unos 2.000 afiliados, mientras el PCOE aportaba alrededor de 4.500. Lo cierto es que, pese al rechazo de los jóvenes del PC, que tildaban de *reformistas* a los del PCO, el 14 de noviembre de 1921 y gracias a los buenos oficios de la Internacional, se fusionaban ambas organizaciones, creándose el definitivo Partido Comunista de España. Éste celebraría su primer congreso, tras la unificación, en marzo de 1922, siendo elegido Secretario General el veterano dirigente obrero Antonio García Quejido.

La unificación no consiguió cerrar las heridas ni acabar con las rivalidades y crisis internas, en un partido integrado por jóvenes revolucionarios de escasa preparación intelectual y política, y maduros socialistas de bagaje esencialmente sindical y reformista. Para añadir más complejidad al proceso, hay que recordar que hubo también una cierta aportación cenetista, que no fue numéricamente tan importante como la que procedía del tronco del socialismo, pero tampoco puede considerarse irrelevante. Si bien es cierto que, desde 1922, la CNT acordaba definitivamente su separación de la ISR, en el seno de la organización confederal aparecieron

algunos grupos de simpatizantes que formarían los Comités Sindicalistas Revolucionarios, portavoces de la IC dentro del sindicato. En todo caso, el colectivo más numeroso fue el que se integraría, ya en 1924, en el PCE, formando el núcleo de la futura **Federación Comunista Catalano-Balear**, con caracterizados dirigentes como Joaquín Maurín.

El PCE no surgía, desde luego, con los mejores auspicios. En primer lugar, había nacido de un excesivo mimetismo respecto a los acontecimientos revolucionarios exteriores, en el seno de un movimiento obrero dominado por un anarcosindicalismo de gran predicamento entre los sectores más combativos de la clase obrera y un socialismo intelectualmente pobre y sin apenas tradición radical en su seno, pero con fuerte arraigo y orgánicamente bien asentado. En segundo lugar, llegaba a la vida prácticamente cuando se iniciaba en todas partes el reflujó revolucionario. En esta situación, sus primeros pasos fueron difíciles. El Partido tardó mucho en superar sus querellas internas iniciales y en consolidar equipos de dirección, no consiguió arrastrar a sectores socialistas numéricamente amplios e hizo poca mella en las filas de la CNT.

Pese al espíritu combativo de sus militantes, a superar estas dificultades no contribuyeron ni el sectarismo, ni el *infantilismo revolucionario*, ni el excesivo culto a la violencia que nos relatan los testimonios de algunos comunistas de primera hora, como Dolores Ibárruri y Amaro del Rosal. En palabras de *Pasionaria (El único camino)*, cuando Lenin escribió su folleto contra el *izquierdismo*, “parecía que nos tenía a nosotros delante”. El resultado de estas posiciones escasamente realistas –subraya Dolores– era inevitable: “si había un Partido Comunista capaz de todos los sacrificios, ése era el Partido Comunista de España. Pero junto a su capacidad de lucha y de sacrificio se desarrollaba su sectarismo, que hacía estériles e ineficaces sus buenas cualidades, alejándole de las masas y reduciendo su influencia a los grupos más combativos de la clase obrera, mientras que el grueso de ésta continuaba bajo la influencia socialista y anarquista”.

Al aislamiento del PCE contribuyó también sobremanera la expulsión de UGT (noviembre de 1922), tras un enfrentamiento violento, de 29 sindicatos dirigidos por comunistas. Para completar las desdichas, la represión gubernamental se cebó en el nuevo partido, en respuesta especialmente a sus campañas contra la guerra colonial española en Marruecos. Como consecuencia de todo ello, en vísperas de la Dictadura de Primo de Rivera, cuando el PCE celebraba su II Congreso sumándose a la táctica del **frente único** y esbozando una cierta aproximación a la militancia de la CNT, apenas contaba con unos pocos miles de afiliados, su organización podía calificarse de precaria y su influencia política y sindical eran muy limitadas.

El golpe de Estado del Capitán General de Cataluña Miguel Primo de Rivera, en septiembre de 1923, apenas encontró respuesta en el movimiento obrero, dividido entre un socialismo que optó por colaborar activa o pasivamente con el Directorio militar para mantener en la legalidad sus organizaciones, un anarquismo desgarrado por la represión anterior o las tácticas violentas estériles, y un PCE débil que poco pudo hacer más que algún llamamiento aislado, apenas secundado, a la huelga de los trabajadores.

En los primeros meses, el nuevo régimen, que representaba el intento desesperado de salvar las bases de un sistema oligárquico en bancarrota, practicó una actitud de cierta tolerancia. Pero ya desde diciembre de 1923, esgrimiendo un supuesto complot comunista, se produjeron detenciones en masa y cierres de periódicos, siendo ilegalizado el PCE y prácticamente desmantelada su dirección. En estas condiciones, las fuerzas del partido iban mermando, pese a la incorporación en 1924 del ya citado grupo cetnetista en torno al periódico *La Batalla*. La organización se reducía a unos pocos centenares de militantes.

Con el fin de frenar la disgregación orgánica, la Internacional, que habría de tener una intervención destacada en las primeras etapas de la vida

del partido, nombraría en 1925 un equipo de dirección encabezado por José Bullejos, que se caracterizó por un notable sectarismo. Los conflictos internos y las expulsiones comenzaron a proliferar, coincidiendo además con los preocupantes rumbos de la IC, embarcada en la denominada **bolchevización** de los partidos o secciones comunistas nacionales que culminaría en su VI Congreso (1928), sustituyendo la prudente política de frente único que había auspiciado por Lenin en 1921 por la ultraizquierdista de **clase contra clase** y de **frente único por la base**.

Este viraje no impediría, en cualquier caso, algunos logros significativos, como la participación en las huelgas mineras de Asturias y Vizcaya en 1927, o la adhesión de un importante sector de la CNT sevillana, contribuyendo a proporcionar al PCE no sólo una notable cantera de dirigentes (José Díaz, Mije, Delicado, Adame), sino también una sólida base sindical en la capital andaluza. Como respuesta a este activismo, la Dictadura desmantelaría de nuevo a la dirección y terminaría por cerrar, en 1928, el periódico *La Antorcha*, órgano del partido que, aun con dificultades, había seguido publicándose pese a las condiciones políticas excepcionales.

Al final de la Dictadura, como cabía esperar, la situación del PCE distaba de ser halagüeña: dirección errática, pérdida de afiliados (incluyendo la escisión de la Federación Catalana-Balear) y línea política escasamente adaptada a la realidad española. Por entonces, en el III Congreso (París, 1929) y en la llamada Conferencia de Pamplona (celebrada realmente en Bilbao, en marzo de 1930), se definía como objetivo próximo, utilizando acriticamente viejos textos de Lenin, el desarrollo de la revolución democrático-burguesa bajo la dirección del proletariado y con la formación de un gobierno (una *dictadura democrática*, según la Komintern) de carácter obrero-campesino.

El activismo en algunas zonas, la aparición del semanario *Mundo Obrero* (agosto de 1930), la táctica –que se revelaría estéril– de “reconstruir la CNT” bajo orientación comunista y algunos otros signos de aparente rea-

nimación no podían ocultar el escaso número de afiliados (no superior al millar) ni la falta de una política adecuada para afrontar los trascendentales cambios que se avecinaban en el país. En vísperas del 14 de abril de 1931, el PCE consideraba al movimiento republicano como un engaño a la clase trabajadora y llamaba a la lucha en favor de una *república obrera y campesina*. Es conocida la anécdota de cómo en Madrid, cuando las masas entusiasmadas inundaban las calles celebrando el fin de la monarquía, un grupo de comunistas encaramados en un camión conmemoraba de manera particular el acontecimiento, con gritos de “¡Abajo la república burguesa! ¡Vivan los soviets!”, ante la hostilidad y en medio de los silbidos de los demás manifestantes.

La República y la maduración del PCE (1931-1936).

Con proclamación de la República, se iniciaba un período de fuerte agudización de la lucha de clases y de grandes expectativas de cambio en la sociedad española. El fin de la monarquía ponía en crisis todo su entramado de fuerzas caciquiles, la preeminencia tradicional del militarismo y el clericalismo, y el mantenimiento de los intereses económicos burgueses y oligárquicos que este sistema político sustentaba. No es extraño que el nuevo régimen fuera recibido con hostilidad por las fuerzas de la *vieja España* y con enormes esperanzas por quienes deseaban un país más moderno, más culto y socialmente más justo e igualitario. De hecho se abrían perspectivas de transformaciones sociales avanzadas, que seguramente los gobiernos republicano-reformistas de los primeros años no supieron o pudieron encauzar de manera adecuada y eficaz. Es en este período cuando el PCE alcanzará su mayoría de edad como partido obrero y como fuerza nacional.

De todos modos, el partido tardaría aún cierto tiempo en abandonar el extremismo que le caracterizaba y que dificultaba su influencia en la sociedad española. Los primeros años republicanos siguieron siendo los de

la cantinela del *frente único por la base* o los de las simplistas caracterizaciones del gobierno republicano como un instrumento de la burguesía y la contrarrevolución. Secundando las sectarias políticas impulsadas entonces por la Komintern, socialistas y anarcosindicalistas aparecían caracterizados frecuentemente, en los textos y la prensa comunista, con epítetos como los de “socialfascistas” o “anarco-traidores”. El mimetismo con lo sucedido en Rusia en 1917 era evidente, y el análisis de la sociedad española brillaba por su ausencia. Ni siquiera tras la destitución de Bullejos y su equipo en octubre de 1932, por decisión de la IC, se eliminaron los viejos lastres, aunque la situación del partido tendió a mejorar. Con todo, el dinamismo de los comunistas en las movilizaciones obreras contribuyó a su crecimiento en un período de radicalización social, desencanto por la lentitud de las reformas emprendidas y rechazo a la política de orden público del nuevo régimen, que reprimía de forma excesivamente dura y reiterada a los que consideraba sus enemigos por la izquierda, la CNT y el PCE.

Lo cierto es que, a despecho de los errores, la militancia crecía y la organización progresaba. El millar escaso de afiliados de abril de 1931 se convertían en 8.800 a fines del mismo año y entre 12 y 15.000 al concluir 1932; en vísperas de Octubre de 1934, se alcanzaban más o menos los 20.000. A estos efectivos había que añadir los de la Unión de Juventudes Comunistas, que en los primeros años de la República jugaron un papel muy importante en la reorganización y que, en muchos lugares, contabilizaban más militantes que el propio partido. En el IV Congreso del PCE, celebrado en Sevilla en marzo de 1932, más de la mitad de los delegados correspondían a Andalucía, donde el foco sevillano era el más activo; Vizcaya, Asturias o Madrid constituían, a continuación, los núcleos más numerosos.

Aunque de forma desigual e insuficiente, poco a poco iban implantándose las nuevas formas organizativas: las *células* en centros de trabajo y los *radios* u organizaciones locales. El Partido se dividía en federaciones regionales y contaba con dos secciones *nacionales* (el Partit Comunista de

Catalunya y el Partido Comunista de Euskadi), que en la práctica funcionaban casi como las anteriores; en todo caso, el modelo de organización se basaba en el centralismo democrático y el *federalismo* era más bien teórico. Teniendo en cuenta que el PCE se concebía como una simple sección de la IC, la política de ésta era de obligado cumplimiento para los comunistas españoles, y los delegados de la Komintern (en especial el argentino Codovilla, que residió en España desde 1932 hasta 1936) desempeñaban al menos un papel tan importante y frecuentemente mayor que el de los responsables y dirigentes españoles.

Entre el 31 y el 33 se consiguieron, asimismo, algunos progresos electorales, aunque moderados. En noviembre de este último año, el PCE cosechó ya entre 170.000 y 200.000 votos, consiguiendo incluso su primer diputado en la persona de Cayetano Bolívar, al frente de una candidatura por Málaga, en ese momento atípica, de unidad de la izquierda, prefigurando el futuro frente popular.

En el crecimiento del PCE influyeron diversos factores, además del clima de movilización social y política del momento. Uno de ellos era la amplia simpatía existente, en estos años, por la Unión Soviética, y que iba más allá de los límites del partido, extendiéndose a amplios sectores de trabajadores o de intelectuales. La idealización de la URSS (“la Casa”, como la llamaban los comunistas) y la adhesión incondicional a la política soviética eran, por lo demás, comunes a todos los militantes. Otro factor favorable fue la incorporación de colectivos como el Partido Social Revolucionario de Balbontín o la Izquierda Revolucionaria y Antiimperialista de César Falcón.

También influyó mucho la proyección de sus organizaciones afines, desde la de Mujeres Contra la Guerra y el Fascismo, Amigos de la URSS o el Socorro Rojo Internacional –organismo de ayuda a presos y represaliados creado ya en 1923–, hasta los organismos más relacionados con los intelectuales y el mundo de la cultura, como la Asociación de Escritores y Artistas

revista de investigación marxista

PAPELES

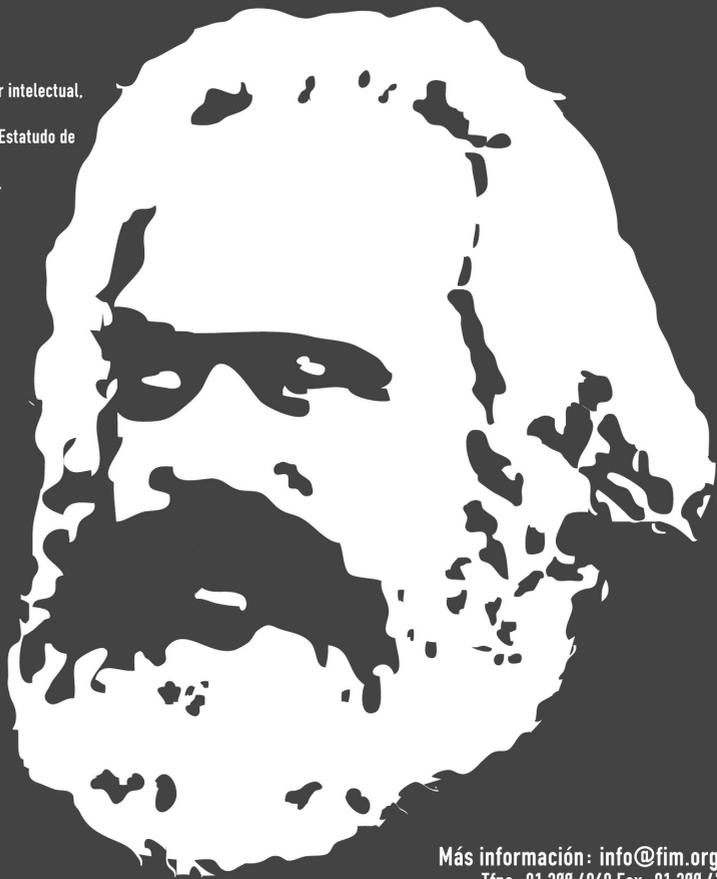
de la FIM

Últimos números publicados:

No.25 ¿Para quién trabajamos? El trabajador intelectual,
cultura y comunicación.

No.26/27 La clase trabajadora, después del Estatuto de
los trabajadores y sus reformas.

No.28 La Ciencia en la II República española.



Más información: info@fim.org.es
Tfno: 91 300 4969 Fax: 91 300 47 44

www.fim.org.es

FIM



Fundación de
Investigaciones
Marxistas

Revolucionarios o publicaciones del estilo de la revista *Octubre*, donde militantes procedentes de estos medios (Rafael Alberti, María Teresa León y otros) comenzaban a cumplir un importante papel. La prensa y la propaganda comunista se intensificaron, comenzando por *Mundo Obrero*, diario desde noviembre de 1931, y siguiendo por otras publicaciones que sustituían a ésta cuando era suspendida legalmente o la complementaban. Al mismo tiempo, se publicaban revistas teóricas como *Bolchevismo*. El Partido se esforzó, asimismo, por consolidar una base sindical propia, que constituía una de sus mayores carencias hasta el momento; con diversos avatares y cambios, la política sindical del PCE, errática y bastante sectaria, se plasmaría en la formación de la Confederación General de Trabajadores Unitaria (CGTU), de fuerzas modestas pero no del todo irrelevantes.

A partir de 1933, aunque no sin contradicciones, bajo la nueva dirección encabezada por José Díaz (Pedro Checa, Hurtado, Mije, Jesús Hernández, Uribe y la propia Dolores, recuperada del equipo anterior tras hacer *autocrítica*), fue abriéndose paso lentamente una visión más unitaria, al cobrar mayor relieve la percepción del peligro fascista que se difundía por Europa. En marzo de ese mismo año, poco después del ascenso al poder de Hitler en Alemania, el PCE proponía a socialistas y anarquistas, sin demasiado éxito, un frente común contra el fascismo; planteamiento similar a los que se fueron reiterando desde entonces, sin que ello impidiera, al menos al principio, la inclusión de duras críticas a sus rivales en el campo obrero, que invalidaban cualquier posibilidad de éxito. Todavía en las elecciones de noviembre de 1933, que se saldaron con un fracaso de republicanos y socialistas y el triunfo de la CEDA y el **Partido Radical**, los comunistas, además de su agresiva campaña contra la *república burguesa*, incluían constantes denuncias contra el *socialfascismo*.

Sin embargo, a lo largo de 1934, alentados tanto por la situación internacional como por la nacional, los contactos entre comunistas y socialistas comenzaron a hacerse más frecuentes. En junio de ese año, la IC daba al visto bueno al pacto de los comunistas franceses con los socialistas, que

iniciaba la dinámica del frente popular. En España, el PCE volvía a proponer al PSOE “un potente frente único de hierro para impedir el desarrollo del fascismo y dar la victoria a los trabajadores”. Finalmente, tras estos intentos sucesivos e infructuosos, el PCE terminaría solicitando, en septiembre de 1934, su ingreso en las **Alianzas Obreras**.

Es bien conocida la notable, aunque desigual, participación comunista en los hechos de Octubre de 1934, sin duda mayor de lo que cabía esperar de la implantación real del Partido. En los meses que siguieron a Octubre, como consecuencia de ello, la organización experimentó los zarpazos de la represión, y sus efectivos numéricos retrocedieron. Sin embargo el PCE asumió plenamente sus responsabilidades en el movimiento y logró capitalizar una parte importante del descontento que provocó su estallido y del rechazo que suscitó su durísimo aplastamiento por parte del gobierno.

La lucha contra la represión y el descontento por las políticas reaccionarias de los gobiernos de centro-derecha del momento favorecieron, a lo largo de 1935, las tendencias unitarias entre los grupos y organizaciones de la izquierda en sentido amplio. A lo largo de 1935, proliferaron los comités de enlace PSOE-PC y otras formas de acción unitarias, incluidas las de solidaridad con los presos y represaliados de Octubre, mientras el movimiento de convergencia se extendía a los republicanos de izquierdas. Las propias publicaciones culturales afines al PCE (como *Nuestra Cultura*) reflejan, en el ámbito intelectual, la progresiva impregnación de una embrionaria cultura frentepopulista, en la que a la *clase* se superpone la presencia cada vez más acentuada del *pueblo* español como protagonista. En el mes de julio, José Díaz lanzaba la idea de un Bloque Popular o Concentración Popular Antifascista, con un programa en el que se mezclaban propuestas de tono radical (confiscación sin indemnización de las tierras de los terratenientes y la Iglesia, “liberación de los pueblos oprimidos por el imperialismo español”) y moderadas (amnistía, mejora de condiciones de los trabajadores). Se trataba de la primera formulación, aún inconcreta y de trazos gruesos, de la política de frente popular (alianza antifascista de fuerzas obreras y de

la pequeña burguesía) que poco después el VII Congreso de la IC venía a avalar, dándole un definitivo marchamo.

El Frente Popular, tal como se constituyó en nuestro país, no pasó de ser, sobre el papel, una simple coalición electoral de republicanos y socialistas, circunstancialmente ampliada a la izquierda con el PCE y otros grupos menores. Para muchos votantes, significaba sobre todo la amnistía a los presos y despedidos de Octubre y la derrota de la derecha reaccionaria y autoritaria. Es cierto que no se caracterizaba por un programa radical ni respondía a las concepciones del PCE, partido que defendía la creación de comités orgánicos a todos los niveles, articulados en torno a la alianza entre socialistas y comunistas y convertidos en instrumentos de la *revolución democrática*.

No obstante, la victoria electoral de la izquierda coaligada en febrero de 1936 supuso para los comunistas contar con un aceptable número de diputados (17 en total), y sobre todo, inició un período de fuerte crecimiento del Partido. En sólo unos meses, los 17.300 militantes de diciembre de 1935 o los 30.000 de febrero de 1936 se habían transformado en una cifra que, en junio, rondaba probablemente los 100.000. La mayor parte de los nuevos afiliados procedían de regiones agrícolas y la tercera parte eran mujeres. La organización comunista comenzaba a expandirse por Andalucía, Levante, Extremadura, Asturias o Madrid.

Además de ello, en los meses que transcurren entre febrero y julio de 1936, se produjo un significativo avance en los procesos unitarios entre socialistas y comunistas. Ya desde 1935, la unidad sindical se consolidaba con el ingreso de la CGTU en la UGT. Tras las elecciones de febrero, tendría lugar la fusión de las organizaciones juveniles socialista y comunista en las JSU (Juventudes Socialistas Unificadas); aunque la Juventud Comunista aportaba unos 50.000 militantes frente a 65.000 socialistas, la organización resultante fue alineándose en posiciones cada vez más cercanas al PCE. Las JSU se convertirían, a lo largo de la guerra, en uno de los bastio-

nes de la resistencia y en una cantera de cuadros y militantes comunistas y antifascistas de enorme importancia. También en los primeros días de la guerra culminaría la creación del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), en el que venían a converger las secciones catalanas del PCE y el PSOE, la Unió Socialista de Catalunya de Joan Comorera y el pequeño Partit Català Proletari.

En términos más generales, la victoria electoral agudizó los enfrentamientos de clase y volvió a despertar enormes esperanzas de cambio. El PCE, que comenzaba a sustentar una política más sensata y realista, recogió gran parte de este caudal transformador. El apoyo al gobierno republicano y las propuestas de desarrollar el Frente Popular y su programa, moderando los conflictos o modulando su intensidad, se convertían a la vez en preocupación por la deriva de una izquierda socialista (aglutinada por Largo Caballero) embarcada, por entonces, en una retórica revolucionaria radical y con la que, en todo caso, el PCE pretendía converger en sus procesos unitarios.

Los comunistas, eje de la resistencia republicana en la Guerra Civil.

Con el estallido de la sublevación militar, la actividad del Partido comienza a multiplicarse. Fiel a la política frentepopulista, desde el principio de la guerra, la posición del PCE se mostrará en general clara e inequívoca: dar prioridad a la victoria militar sobre cualquier experimento revolucionario que pudiera debilitar la alianza política y social de fuerzas favorables a la República, o susceptible de dañar su imagen internacional; reconstruir la disciplina y el aparato del Estado republicano en aras de la eficacia; forjar la unidad de las fuerzas antifascistas. Como subrayaba en noviembre de 1936 Palmiro Togliatti, delegado en España de la IC, la única revolución posible en el momento era la democrático-burguesa, a la que se oponía el fascismo, que en España era –afirmaba Togliatti– no sólo una forma de

reacción capitalista, sino también “paladín de los residuos feudales”, de la monarquía, el “fanatismo religioso” y las “castas reaccionarias”. El Pleno ampliado del Comité Central celebrado en Valencia en marzo de 1937, que puede considerarse como un verdadero congreso, reafirmó el objetivo de la revolución democrática y un programa que priorizaba el esfuerzo militar y la unidad republicana frente a cualquier experimento inoportuno de cambio social.

Esta postura significaba el enfrentamiento con aquellos sectores (sobre todo la CNT y el POUM) que se lanzaron, en los primeros momentos del conflicto, a una política de transformaciones revolucionarias radicales. En diciembre de 1936, el Comité Central del PCE hacía públicas sus “Ocho condiciones de la victoria”, que incluían la necesidad de concentrar el poder, de fortalecer la organización y la disciplina, crear una potente industria de guerra, establecer el control obrero sobre la producción o desarrollar una profunda reforma agraria que diera opción a formas de explotación colectivas o individuales.

La contienda, una vez que se produjo -ya en los primeros días- la intervención alemana e italiana a favor de los insurrectos, además de una lucha del pueblo contra el fascismo, pasará a ser definida ante todo como una guerra nacional revolucionaria y en defensa de la independencia del país. La asimilación del patriotismo popular por parte del PCE fue acentuándose a lo largo de la guerra, hasta el punto de que los comunistas llegaron a recuperar incluso mitos y tradiciones del nacionalismo liberal-progresista del siglo XIX.

Sin duda fue su consecuente política de resistencia y unidad, más que cualquier otro factor, lo que explica el prestigio en aumento y el crecimiento en influencia del PCE. El otro elemento fundamental sería la ayuda soviética a la República, contrastando con la hipocresía y la inacción de las democracias occidentales, que con su **Política de No Intervención**, colocaban al mismo nivel al gobierno legítimo y a los insurrectos, favoreciendo

objetivamente a estos últimos. También el ejemplo de solidaridad internacionalista más importante recibido por la resistencia republicana española, concretamente la formación de las Brigadas Internacionales, se debió principalmente a la acción de los partidos comunistas y sus organizaciones afines en los distintos países. Las Brigadas Internacionales, con voluntarios antifascistas de diversas procedencias geográficas e incluso ideológicas, entraron en acción por primera vez en la batalla de Madrid, en el otoño de 1936, y fueron expatriadas, como muestra de buena voluntad y para avalar la propuesta de retirada de todas las fuerzas extranjeras del conflicto español, en el año 1938.

La literatura anticomunista posterior, al insistir mucho en el peso de la ayuda soviética, ha atribuido con frecuencia la actuación del PCE a las necesidades de la política exterior de la URSS. Tal caracterización es, sin duda, errónea y exagerada. Aunque no puede negarse que la Unión Soviética, empeñada entonces en el acercamiento a las democracias occidentales frente a la agresividad de la Alemania nazi, ni deseaba ni creía posible una revolución socialista inmediata en la España de 1936, en modo alguno fue responsable de todas y cada una de las decisiones adoptadas por el PCE. Es verdad que la Internacional Comunista se concebía como un partido mundial y que la admiración de los comunistas de todo el mundo hacia la URSS era casi incondicional. Pero los estudios históricos más solventes y recientes demuestran que en más de una ocasión, incluso en coyunturas muy importantes, las decisiones de la dirección del PCE no coincidían con las propuestas soviéticas, y que los mismos *asesores* de la IC (como *Stepanov* y sobre todo Togliatti) actuaron de manera más respetuosa con la autonomía del PCE que como lo había hecho en los años anteriores Victorio Codovilla.

También se ha atribuido al PCE un crecimiento numérico basado en el control que supuestamente habría ejercido de las estructuras políticas y militares en la zona republicana, o en la atracción de grupos como los pequeños campesinos u otros sectores más o menos conservadores que

habrían acudido al Partido buscando un paraguas protector frente a las colectivizaciones de la tierra y otras medidas revolucionarias. Un análisis riguroso de la afiliación del PCE en los años de la guerra muestra, sin embargo, una imagen más compleja y contrastada y, en muchos sentidos, contraria a esta caracterización interesada.

Si empezamos por los datos cuantitativos, efectivamente, el crecimiento del PCE fue verdaderamente espectacular. En marzo de 1937, los militantes se cifraban en 250.000 (de ellos, 131.000 movilizados en el frente), más 45.000 en el PSUC. Es cierto que, desde 1938, tras la caída del frente Norte y de Málaga, estas cifras se redujeron, pero siguieron siendo elevadas. Además de los efectivos del Partido, la presencia comunista era fuerte en los sindicatos (sobre todo en UGT), en las JSU (que contaban con 350.000 miembros en el otoño de 1937), el Socorro Rojo o las organizaciones de mujeres (Agrupación de Mujeres Antifascistas, o la juvenil Unión de Muchachas), de intensa actividad en las labores de retaguardia. Una parte importante de los dirigentes y muchos militantes de las JSU se integraron en el PCE durante el asedio de Madrid. En cuanto a la incorporación femenina, más allá de que pudieran aflorar prejuicios culturalmente muy arraigados y que el PCE defendiera siempre la prioridad de la victoria en la guerra y la lucha contra el fascismo sobre cualquier otra consideración, las AMA desarrollaron importantes campañas en defensa de la igualdad y los derechos de las mujeres y su incorporación a las tareas sociales.

En todo caso, la composición social de la militancia del PCE incluía un fuerte contingente obrero y campesino, pero también sectores de la pequeña burguesía, intelectuales y otras capas populares. La mayoría no procedían de las demás organizaciones de la izquierda (socialistas o anarquistas), sino de gentes sin partido, atraídas por la política del PCE durante la guerra. Se trataba, pues, de bases muy representativas de lo que el PCE calificaba de “pueblo laborioso”, soporte del frentepopulismo que los comunistas encarnaban entonces como ningún otro partido. En particular, el Partido Comunista proporcionó la mejor plataforma para la movilización

antifascista de jóvenes y mujeres; éstas últimas afluyeron al PCE en número muy superior al de los demás grupos y fuerzas leales a la República. Tan acelerados fueron los ritmos de este crecimiento que, de hecho, no pudieron ser adecuadamente absorbidos e incorporados; las circunstancias hicieron que la ingente marea de nuevos afiliados nunca llegara a ser del todo asimilada.

La base afiliativa del nuevo PCE respondía, pues, a su política unitaria, antifascista y frentepopulista. De hecho el Partido asumía e incorporaba, en su programa y su discurso, una parte importante de la tradición republicana de izquierdas, adaptada y puesta al día en un contexto nuevo. No es extraño que un historiador experto en el tema, Rafael Cruz, llegue a afirmar que el PCE se había convertido en “el partido más republicano del arco político español, ya durante la primavera de 1936 pero de forma más acusada durante la guerra”.

Un ejemplo ilustrativo de esta capacidad de atracción fue la influencia del PCE entre los intelectuales, sin duda muy vinculada a su discurso patriótico y popular. Aunque tampoco resultaban ajenas a la proyección política dentro de este sector la labor en defensa del patrimonio artístico o el impulso de la educación popular por parte del Ministerio de Instrucción Pública presidido por Jesús Hernández; o la organización, en 1937, del II Congreso internacional de intelectuales en defensa de la cultura, con la participación de prestigiosos escritores demócratas y antifascistas de diversos países. En general, la actividad del Ministerio de Instrucción Pública durante la guerra ha sido caracterizada por otro conocido historiador, Tuñón de Lara, como una continuación del proyecto cultural de 1931 en las nuevas circunstancias.

Se ha discutido también si el proyecto del PCE durante la contienda se limitaba a la defensa de la república democrática sin más o pretendía ir más allá, en la línea de las futuras democracias populares implantadas en la postguerra en países de la Europa centro-oriental. Aunque es cierto que

no faltaron, incluso en la dirección del PCE, divergencias de interpretación entre moderados y maximalistas, o modulaciones del mensaje según las circunstancias, cuando se habla de una “democracia de nuevo tipo” no se está planteando la *superación* de la “república burguesa”, sino un desarrollo del régimen en clave frentepopulista, con destrucción de las bases materiales del fascismo y pluralidad para las fuerzas antifascistas. Cuando la Guerra llega a sus fases finales, la propuesta genérica del PCE es aún más moderada: esencialmente, preservar la democracia y la independencia nacional como fundamento de un amplio acuerdo.

En todo caso, más allá de estos debates e interpretaciones, desde los primeros días de la contienda, la contribución de los comunistas fue, indudablemente, decisiva en el terreno militar, facilitando la movilización masiva, suministrando prestigiosos mandos al nuevo ejército (como Líster, Modesto y tantos otros) o apoyando con sus cuadros el **comisariado de guerra** del nuevo Ejército Popular. El PCE asumió desde el principio la necesidad de reconstruir un ejército regular, con jerarquías y disciplina (aunque también incorporando nuevos valores políticos a sus cuadros y elementos), como requisito ineludible para ganar la guerra. A la plena militarización de los voluntarios y la creación del nuevo ejército contribuyeron, con su ejemplo y su práctica, iniciativas comunistas como la creación del mítico Quinto Regimiento de Milicias Populares.

También destacaron los comunistas en la propaganda y la movilización popular, como lo demuestra, entre otras cosas, su papel fundamental en la defensa de Madrid. Los electrizantes discursos y alocuciones radiofónicas de *Pasionaria* y los lemas que popularizó (el *¡No pasarán!* o *¡Más vale ser viudas de héroes que esposas de cobardes!*) visualizaron de manera incomparable la voluntad de lucha y contribuyeron de forma notable a galvanizar la resistencia popular. El primero y tal vez el más famoso de estos discursos, el 19 de julio de 1936, mostraba ya desde sus primeros párrafos el sentido que el PCE atribuía a la guerra: “¡Obreros! ¡Campesinos! ¡Antifascistas! ¡Españoles patriotas!... Frente a la sublevación militar fascista,

75 años

Nuestra Bandera

1937 ★ 2012



¡todos en pie, a defender la República, a defender las libertades populares y las conquistas democráticas del pueblo!”.

El PCE se comprometió, asimismo, en tareas de gobierno, participando en los nuevos órganos de poder con las distintas fuerzas del Frente Popular y los grupos que apoyaban a la República. En septiembre de 1936, hecho inédito hasta entonces en una democracia occidental, el PCE entraba en el gobierno de Largo Caballero, asumiendo la cartera de Agricultura (desde la que Uribe impulsará una amplia y profunda reforma agraria), y luego la de Instrucción Pública. También se integraron los comunistas (incluyendo los del PSUC o la JSU), mostrando en ellas un notable dinamismo, en otras instituciones de ámbito *regional*, como la Junta de Defensa de Madrid, el Gobierno de la Generalitat catalana, el Gobierno autónomo vasco, el Consejo de Asturias y León, etc.

Las diferencias posteriores con la conducción de la guerra y la política general de Largo Caballero arrastraron al PCE al enfrentamiento con el veterano dirigente obrero. Pese al interés de los comunistas por aproximarse a la izquierda socialista que éste encabezaba, su empeñamiento en conservar la responsabilidad del Ministerio de Guerra a pesar de las derrotas y de su escasa competencia en este terreno, movió a la dirección del Partido a criticar duramente su postura, más allá de las recomendaciones prudentes y contemporalizadoras que llegaban de Moscú. El conflicto se vio agudizado tras los choques en Barcelona, en mayo de 1937, entre elementos de la CNT y el POUM por un lado, y el Gobierno de la Generalitat, apoyado entre otros por el PSUC. Los enfrentamientos armados en las calles de la capital catalana, que provocaron centenares de muertos, ponían fin a una situación difícilmente sostenible, aunque el resultado, seguramente imprescindible para la reconstrucción del Estado y la eficacia en la guerra, fuera empañado por un “ajuste de cuentas” de los servicios secretos soviéticos con los que calificaba de *trotskistas*, incluyendo el asesinato y la desaparición de Andreu Nin.

Finalmente, ésta y otras diferencias provocarían la caída del gobierno de Largo Caballero, sustituido por otro socialista, Juan Negrín, que presidiría los sucesivos gobiernos republicanos hasta el final de la guerra. El PCE participó en todos ellos junto a las demás fuerzas frentepopulistas, incluyendo la CNT. Los historiadores anticomunistas y algunos protagonistas de los hechos han achacado la creciente influencia del PCE en esta etapa, bien al supuesto filo-comunismo encubierto de Negrín, bien a la soterrada infiltración del Partido en el ejército y los aparatos del Estado. Sin embargo la realidad parece ser muy otra. En primer lugar, se ha exagerado la influencia comunista por ejemplo entre los mandos del ejército, aunque no cabe duda de que se manifestaron muchas afinidades con los militares profesionales por la política de guerra defendida desde el PCE. En segundo lugar, se ha magnificado las hipotéticas simpatías de Negrín por los comunistas. Lo cierto es que Negrín se apoyó en el PCE por ser la única fuerza cohesionada que defendió hasta el final la política de resistencia, y que el PCE dio su adhesión al mandatario en la medida en que encarnaba esta política.

La resistencia preconizada por el PCE, de todos modos, no implicaba, como a veces se ha dicho, una inflexibilidad absoluta. De hecho, en abril de 1938, no le impidió apoyar el moderado programa de “Trece puntos” negrinista para poner fin a la guerra. Poco después, el Pleno del Comité Central (mayo de 1938) levantaba la moderada bandera de la *unión nacional*, llamando a todos los españoles (ampliando por tanto los límites del Frente Popular) a converger a favor de la independencia nacional y las libertades democráticas. El PCE reafirmaba “una vez más” sus posiciones “sobre el carácter democrático de la revolución española”, condenando “los experimentos peligrosos de carácter extremista y aventurero, que sólo pueden servir para debilitar al pueblo en la lucha contra el fascismo e impedir el fortalecimiento y consolidación de las conquistas democráticas”. Todo ello en la perspectiva de una república democrática de claro sesgo antifascista, que describía en estos términos: “luchamos por la República

democrática y parlamentaria, que se apoya en la voluntad del pueblo y en el Ejército Popular, que garantiza la libertad de la actividad política de todos los partidos y organizaciones antifascistas. República donde no puede tener lugar el fascismo. La legislación de la República conserva la propiedad privada, pero elimina los privilegios sobre la propiedad de los elementos ligados, directa o indirectamente, a la rebelión fascista. La República arranca las bases materiales del fascismo mediante la nacionalización de los Bancos, del transporte, y de las grandes industrias, y entrega la tierra de los terratenientes a los obreros agrícolas y campesinos, ayudando a las cooperativas organizadas voluntariamente por éstos. La condición fundamental del fortalecimiento de la República consiste en arrojar del país al invasor y aplastar a Franco”.

Pese a estos esfuerzos y a la ingente actividad del PCE, que no pueden quedar empequeñecidos por algunos brotes sectarios y errores que indudablemente cometió, los comunistas fueron quedando progresivamente aislados dentro del bando republicano. El cansancio de la guerra se volvió contra la fuerza que apoyaba más tenazmente la continuación de la lucha. Algunos no les perdonaron sus diferencias con Largo Caballero. Anarquistas y *poumistas* los consideraron culpables de frenar la revolución, y los intentos de mantener buenas relaciones con Indalecio Prieto también se frustraron, dada la incapacidad manifestada por éste al frente del Ministerio de la Guerra y su progresivo *derrotismo*.

Por estos y otros factores, el bloque anticomunista fue fortaleciéndose con cada derrota de la República. El **golpe de Casado** (marzo de 1939) en Madrid y la zona centro que aún controlaba la República, esgrimiendo una “paz honrosa” que se convirtió en simple y vergonzosa capitulación ante Franco, vino a culminar este anticomunismo que aglutinó a algunos sectores republicanos, socialistas y anarquistas en un frente común. Con él prácticamente concluía la resistencia. El amargo comienzo de la dictadura franquista llegaba así acompañado de una guerra entre republicanos que habría de tener clara incidencia en las futuras relaciones entre las fuerzas de oposición al nuevo régimen.

El primer Franquismo y la lucha guerrillera.

El fin de la guerra provocó la consiguiente dispersión y desorganización inicial del PCE. La mayor parte de los dirigentes y un sector significativo de los militantes tuvieron que huir al exilio, distribuyéndose mayoritariamente por Francia, la URSS, el Norte de África, América Latina (especialmente México) y algunos otros países europeos. Esta dispersión, que dificultaba lógicamente la operatividad del Partido, se sumaba a la terrible situación de los que quedaron en el interior, sometidos a una represión durísima (con fusilamiento cotidianos y encarcelamientos masivos), y al aislamiento del PCE dentro de las fuerzas del exilio, como consecuencia de los conflictos del fin de la guerra y también del **pacto germano-soviético** de 1939. En este contexto, a fines de dicho año volvía resucitarse momentáneamente la consigna de “frente único proletario”, con ataques a socialistas y anarquistas y consignas de “República popular”, abandonando las propuestas de *unión nacional* del período último de la guerra.

Consumada la derrota, desde el primer momento, el PCE manifestó la firme voluntad de organizar la lucha en el interior y no convertirse en “partido de la emigración”, si bien –como se reconocería de manera autocrítica- no se habían preparado las condiciones para el trabajo clandestino. Los primeros intentos de reorganización tuvieron lugar en las mismas cárceles. Marcos Ana resalta, en sus memorias, la importancia que estos esfuerzos tenían para el mantenimiento de la fortaleza militante en situaciones de extrema dureza: “la Organización contribuía a mantener nuestra moral, a fomentar y articular la solidaridad entre nosotros, a pasar de boca en boca informaciones, a no caer en la desesperación y a estimular nuestra dignidad frente a los golpes que nos asestaba la adversidad”.

Paralelamente, se fueron creando redes de solidaridad con los reclusos, tarea ésta en la cual –como en las demás de reorganización del Partido- tuvieron las mujeres un fuerte protagonismo en momentos particularmente duros. Una de ellas fue Matilde Landa, que durante la guerra había cola-

borado especialmente con el Socorro Rojo. Matilde, mujer culta y sensible, fue designada en marzo de 1939 para encabezar la organización clandestina comunista en Madrid. Detenida a los pocos días, fue condenada a muerte, pena que le fue conmutada, pero teniendo que soportar un cruel chantaje de los carceleros, que pretendían utilizarla para su propaganda, puso voluntariamente fin a su vida para evitarlo. Este ejemplo, como otros muchos, ilustra lo que fueron unos años verdaderamente terribles, en que rudimentarios órganos de dirección o coordinación, trabajosamente reconstruidos, iban cayendo uno a uno, pasando directamente sus miembros a los pelotones de fusilamiento o –en el mejor de los casos- a las saturadas prisiones y campos de concentración.

Hay que esperar, en todo caso, a 1941, para que la organización del Partido comience a dinamizarse, tanto dentro del país como en Francia. En el interior, tras una efímera Comisión Central Reorganizadora en Madrid, el mayor intento de reconstrucción fue protagonizado por la controvertida figura de Heriberto Quiñones, un veterano agente de la IC que vivía en España desde la preguerra y que, en abril de 1941, auto-titulándose “responsable y organizador nacional del PCE”, comenzó a tejer cuidadosamente lazos orgánicos y a establecer contactos para volver a poner en pie el Partido. Quiñones, que actuaba en la práctica al margen de la dirección en el exilio, preparó incluso un “Anticipo de orientación política” que prefiguraba la línea de *unión nacional*. La estructura que fue articulando trabajosamente duró poco y él mismo, detenido pocos meses después (en diciembre de 1941), sería fusilado en octubre de 1942, después de haber sido sometido a salvajes torturas. Ello no impidió que, al no aceptar la autoridad de la dirección del Partido en el exterior, fuera acusado de traidor, pasando injustamente a figurar en la lista de *renegados*, hasta que fue rehabilitado hace ahora algunos años.

En cuanto a los intentos alternativos de reorganización protagonizados por enviados desde el exterior, generalmente a través de Lisboa, como los de Diéguez o Larrañaga, concluyeron de forma parecida, con la caída de

los nuevos comités y el fusilamiento de los dirigentes. En abril de 1942 llegaba a España Jesús Carreras, que volvería a intentar tenazmente la reconstrucción, hasta su *caída* y la desarticulación del aparato de dirección en marzo de 1943.

En el exterior, la reorganización del partido avanzó, por estos años, en relación con una participación muy activa en la lucha antifascista de los combatientes españoles en Francia, la Unión Soviética y otros lugares. Concretamente en el territorio francés, los militantes del PCE contribuyeron de manera muy destacada a nutrir el movimiento de resistencia antinazi. La Agrupación de Guerrilleros Españoles (AGE), mayoritariamente comunista, se integraría en las Fuerzas Francesas del Interior (FFI), ocupando un papel protagonista en la liberación de muchas ciudades y territorios del vecino país.

Francia se convirtió también, como país colindante con España, en la plataforma desde la cual se iniciaría el lanzamiento de la nueva iniciativa táctica del Partido, la Unión Nacional. Aunque las primeras formulaciones de esta línea política pueden rastrearse –más allá de los antecedentes durante la guerra- en 1941, es en 1942 cuando se formula la propuesta, en un “congreso constituyente” celebrado en Montauban (Francia) a finales del verano, que concluía con un llamamiento al derrocamiento de Franco y la Falange y a la formación de un gobierno provisional que convocara elecciones constituyentes. Al año siguiente, en septiembre de 1943, se constituye la denominada Junta Suprema de Unión Nacional.

Las premisas generales de lo que pretendía ser un organismo unitario de oposición al régimen no establecían la demarcación divisoria entre quienes apoyaban la república como régimen y los que no lo hacían; el programa aludía al rompimiento de relaciones con Italia y Alemania, la depuración del aparato del Estado, la liberación de los presos políticos, el restablecimiento de las libertades, la reconstrucción del país y la celebración de elecciones democráticas a una asamblea constituyente. Todo ello habría de ser

gestionado por un gobierno de Unión Nacional. La organización publicó el periódico *Reconquista de España* y desarrolló una amplia campaña de propaganda.

Los llamamientos hechos por el PCE para apoyar al nuevo organismo no hicieron demasiada mella en otras fuerzas de la oposición, pero sin embargo, sobre todo a partir de 1943 y 1944, la organización en el interior –casi basada exclusivamente en los militantes del Partido– fue creciendo, a medida que la Guerra mundial evolucionaba en contra de Alemania y a favor de los Aliados, lo cual despertaba grandes esperanzas de una intervención exterior en España que restableciera la democracia al final del conflicto. La Unión Nacional llegó a controlar además un fuerte contingente guerrillero en Francia y también en España, aglutinando en el interior del país a diversos grupos de *huidos* más o menos dispersos y fragmentados.

El hecho más resonante –y también en cierto modo el canto de cisne de la Unión Nacional fue el intento de invasión del valle de Arán por un contingente armado de varios miles de hombres, en octubre de 1944, con la intención de *liberar* un pequeño territorio donde instalar una especie de gobierno provisional e incitar a la rebelión en otros lugares de España. La iniciativa, bastante descabellada, hubo de ser anulada precipitadamente por Santiago Carrillo, ordenando la retirada cuando las perspectivas de los guerrilleros comenzaban ya a ser problemáticas.

El fracaso de la llamada “Operación Reconquista de España” provocó un nuevo conflicto interno en el Partido, con la destitución de quien entonces dirigía la organización en Francia, Jesús Monzón, que sería poco después acusado de traición, mientras sus seguidores eran objetos de represalias diversas. Monzón cayó en manos de la policía franquista en mayo de 1945. El *monzonismo*, en la terminología del Partido, se convirtió luego en una de las *desviaciones* o conductas consideradas como tales dentro del PCE, en una época en que la dureza de la represión convertía a menudo la disidencia en una sospecha de colaboración con el enemigo. Por entonces

el Partido habría logrado ya dar estabilidad a la sustitución de José Díaz (fallecido en 1942) por Dolores Ibárruri en la Secretaría del Partido, lo cual provocó una crisis en la cúpula, ocasionada por las ambiciones frustradas de Jesús Hernández de ocupar el cargo, que recayó sin embargo en la figura emblemática de *Pasionaria*.

La crisis de Unión Nacional, o mejor el aislamiento del Partido, intentó solventarse con una disolución práctica de esta iniciativa y una aproximación a las restantes fuerzas de la oposición, entrando incluso el PCE en el Gobierno republicano en el exilio, en un período –como señalamos– de grandes esperanzas, con el final de la Guerra mundial y la presión exterior sobre el régimen franquista. En todo caso, el Pleno del Comité Central celebrado en Toulouse en 1945 ratificaba la opción por la vía armada como forma de lucha contra el Franquismo. Durante cierto tiempo, en el contexto del aislamiento exterior del régimen, las perspectivas de una intervención externa y el espejismo de una guerrilla actuando como catalizadora de una sublevación nacional contra la dictadura, pudieron mantenerse a duras penas. El cierre de la frontera con Francia en febrero de 1946, tras el fusilamiento en Madrid de Cristino García, héroe de la resistencia francesa, y la condena de la ONU al régimen español, alentaron las últimas esperanzas, que, sin embargo, pronto hubieron de disiparse.

Pese a ello, contra viento y marea, el PCE siguió apostando por la estrategia guerrillera. Los grupos que operaban en el país fueron estimulados y organizados en forma de *agrupaciones*, y se intensificó su actividad con la llegada de nuevos combatientes curtidos en el maquis francés, especialmente en los años 1945 y 1946. Finalmente, unos y otros, totalizando unos pocos miles de esforzados guerrilleros, fueron estructurados teóricamente en seis agrupaciones territoriales, pero carentes de suficiente coordinación entre sí y de un mando único operativo.

La lucha de las guerrillas, a pesar del derroche de heroísmo exhibido por los alzados en armas y por sus numerosos enlaces y contactos del llano,

pronto mostró sus evidentes limitaciones. La durísima represión llevada a cabo especialmente en los años 47 y 48 evidenció la fortaleza del Franquismo y la inutilidad de querer acabar con el régimen por medios militares.

A partir de 1947, además, con el inicio de la *guerra fría*, el Franquismo pudo *vender* ante los gobernantes occidentales su papel en la lucha contra el comunismo, preludiando la aceptación internacional que luego se consolidaría a través de los acuerdos firmados con Estados Unidos y el Vaticano, ya a comienzos de la década de 1950. Para el PCE, la *guerra fría* tuvo, además de la pérdida de las esperanzas en la caída del régimen por la intervención exterior y de su expulsión del Gobierno republicano, otros dos tipos de consecuencias. La primera fue su aislamiento en el seno de la oposición; concretamente los socialistas, bajo el impulso e Indalecio Prieto, iniciaron un acercamiento a los monárquicos seguidores de Juan de Borbón que pronto habría de concluir en un completo fracaso, a la vez que inauguraban la táctica *quietista* de renunciar prácticamente a la lucha en el interior del país. La segunda consecuencia fue la proliferación de prácticas burocráticas y autoritarias que, en un clima de desconfianza extrema, originó expulsiones y depuraciones de la organización, que tardaría años en recuperarse y en auto-criticarse por tales prácticas. Una de estas crisis alcanzó al partido de los comunistas catalanes, el PSUC, cuyo Secretario general, Joan Comorera, sería expulsado al establecer un pulso infructuoso con la dirección del PCE por el control del partido catalán. La estalinización del Partido alcanzó en esta etapa su culminación, en momentos además de desorientación política y de falta de estrategias de lucha realistas y adaptadas a las necesidades del momento.

Precisamente en este contexto, en 1948, tendría lugar la famosa entrevista –conocida años más tarde– entre los máximos dirigentes del Partido y Stalin, en la que éste les recomendó aplicar, siguiendo la tradición bolchevique de principios de siglo, la táctica de penetrar en las instituciones del régimen (particularmente los sindicatos) para usarlas como plataforma de lucha. Fuera por este consejo o por la creciente convicción de que la opción



guerrillera estaba agotada, una reunión de cuadros y dirigentes celebrada en París decidía poco después la aplicación de la nueva táctica que, a despecho de su evidente realismo, no sería fácilmente aceptada, en los primeros momentos, por una militancia baqueteada en la lucha interior que se resistía a asimilar este trabajo solapado en las instituciones del enemigo. Lo cierto es que los primeros éxitos en ese terreno tardarían en llegar, y sólo la expectativa abierta por episodios como la sorprendentemente intensa huelga de Barcelona de 1951 iría disolviendo las desconfianzas.

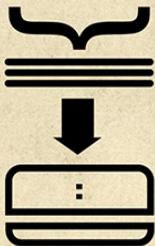
Por el contrario, el abandono de la lucha guerrillera, necesario entre otras cosas para dar paso a las nuevas tácticas, se desarrolló de manera caótica y desordenada, sin un repliegue organizado mínimamente eficaz. La disolución de las guerrillas o la reorientación hacia la lucha no violenta en el interior permitían, en todo caso, la futura infiltración (la táctica *en-trista*) en el Sindicato Vertical. Se iniciaba así una nueva etapa, que convertiría al PCE en *el* Partido del antifranquismo por antonomasia.

Frans Masereel

Ilustración para la edición alemana
del Manifiesto Comunista
[1914-1919]

DESCARGA ESTA PUBLICACIÓN

Download this Issue



He munches with the same persistent stare,
He knows his way with women (and that's that!)
Impertinently tilting back his chair
And dropping cigarette ash on the mat.

The time is now propitious, as he guesses,
The meal is ended, she is bored and tired;

glosario



ALIANZAS OBRERAS. Organismos propuestos por algunos grupos minoritarios para agrupar a las distintas fuerzas proletarias. Sólo en Asturias contó con el apoyo de las organizaciones mayores, socialistas y anarquistas, facilitando con su sentido unitario el impacto de la sublevación de Octubre de 1934.

BOLCHEVIZACIÓN. Política impulsada desde el V Congreso de la IC (1924) en los distintos partidos comunistas para ajustarlos a un patrón homogéneo (centralismo democrático, organización en células, depuración de los reformistas, etc.), según las pautas consideradas originarias del modelo bolchevique.

CEDA. Confederación Española de Derechas Autónomas. Unión de grupos y organizaciones, liderada por Gil Robles, que representa, en la Segunda República, a la derecha católica reaccionaria. Defendía la *accidentalidad* de las formas de gobierno (monarquía o república) y apoyó parlamentariamente a los Radicales de Lerroux, gobernando luego en coalición con ellos durante el llamado *bienio negro* (1933-1935).

CLASE CONTRA CLASE. Política aprobada en 1928 por la Komintern, que consideraba a la socialdemocracia como una fracción de la burguesía o tildaba a los socialistas de *socialfascistas*. Frente a la táctica leninista del *frente único*, planteaba el *frente único por la base*, separando a los obreros socialdemócratas *honrados* de sus líderes *traidores*.

CNT. Confederación Nacional del Trabajo. Organización sindical creada en 1910 y basada en el anarcosindicalismo o sindicalismo revolucionario, que defendía el “apoliticismo”, la llamada “acción directa” y la huelga general revolucionaria como medio de acabar con el Estado y construir una nueva sociedad. Durante mucho tiempo, fue la organización más numerosa y combativa de la clase obrera española.

COMISARIADO DE GUERRA. Cuerpo creado en octubre de 1936, integrado en el Ejército Popular, que tenía como función la elevación de la moral com-

batiente, la formación política y la difusión entre los soldados de los valores por los que luchaba la República.

FEDERACIÓN COMUNISTA CATALANO-BALEAR. Encabezada por Joaquín Maurín, se separó en 1930 del PCE y fundó, con el pequeño Partit Comunista Català, el Bloque Obrero y Campesino (BOC), casi exclusivamente reducido a Cataluña. En 1935 el BOC se fusionó con la Izquierda Comunista de Andreu Nin, antiguo colaborador de Trotski, constituyendo el Partido Obrero de Unificación marxista (POUM).

FRENTE ÚNICO. Táctica aprobada por la IC en su III Congreso (junio-julio de 1921) e impulsada por Lenin, que pretendía acercarse a las masas y llegar a acuerdos con otras organizaciones obreras (especialmente socialistas), en un momento en que el reflujo revolucionario obligaba a pasar del *asalto* al capitalismo al *asedio*. Posteriormente, en momentos de sectarización, se transformará en *frente único por la base*.

GOLPE DE CASADO. Rebelión contra el Gobierno de Negrín, en marzo de 1939, protagonizada por el jefe del Ejército del Centro, Segismundo Casado, que con el apoyo de algunos dirigentes socialistas o anarquistas (Julián Besteiro, Wenceslao Carrillo, Cipriano Mera) creó un Consejo Nacional de Defensa, persiguió a los comunistas y se rindió a las tropas de Franco.

GUERRA FRÍA. División del mundo en dos bloques, capitalista (dirigido por Estados Unidos) y socialista (encabezado por la Unión Soviética) posterior a la Segunda Guerra Mundial. Se caracterizó por la bipolaridad extrema, el aislamiento y el acoso a los comunistas en los países occidentales, el armamentismo y el uso de la disuasión nuclear.

IZQUIERDISMO. Lenin (*El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, 1920) caracterizó con este término las tendencias ultrarradicales, voluntaristas y activistas dentro del movimiento comunista, que dificultaban, a su juicio, la acción eficaz, dentro o fuera de las instituciones o los sindicatos, y la política de alianzas.

PACTO GERMANO-SOVIÉTICO. Acuerdo de no agresión entre la URSS y la Alemania nazi firmado el 23 de agosto de 1939. Por parte soviética, se justificaría como un intento de ganar tiempo, una forma de explotar las contradicciones entre potencias imperialistas o una forma de defensa, una vez fracasados los intentos de llegar a acuerdos firmes con las potencias democráticas occidentales y tras la auténtica *rendición* de éstas ante Alemania en la Conferencia de Munich (septiembre de 1938), aceptando la partición de Checoslovaquia. Concluye con la invasión alemana de la URSS en junio de 1941. Contenía cláusulas secretas de reparto de zonas de influencia.

PARTIDO RADICAL. Viejo partido republicano liderado por Lerroux, que, en los años 30, había evolucionado hacia posturas conservadoras, y que con su política abriría el paso a la derecha reaccionaria tras las elecciones de noviembre de 1933. Desarrolló desde el gobierno una política anti-popular y en 1935 prácticamente desapareció como partido, salpicado por diversos casos de corrupción

POLÍTICA DE NO INTERVENCIÓN. Acuerdo teóricamente encaminado a evitar la internacionalización de la guerra de España, prohibiendo la ayuda o suministros a ambos bandos. Para ello se estableció un Comité con sede en Londres. En realidad se convirtió en una farsa, toda vez que amparó o toleró la descarada intervención de las potencias fascistas y sirvió a los países democráticos (Francia y Gran Bretaña) de pretexto para dejar a la República abandonada a su suerte.

UNIÓN SAGRADA. Se denominó así al alineamiento de la mayoría de los partidos socialistas con las respectivas burguesías al desencadenarse la Primera Guerra Mundial, vulnerando así la intención proclamada en algunos congresos de la Internacional Socialista de oponerse a la guerra. Contra esta actitud, las minorías discrepantes convocaron algunas reuniones internacionales, como las celebradas en las localidades suizas de Zimmerwald y Khiental en 1915 y 1916.

VEINTIÚN CONDICIONES. Aprobadas en el II Congreso de la Internacional Comunista (1920), eran los requisitos exigidos a los partidos que quisieran adherirse a la misma. Entre otras medidas, se incluían la depuración de elementos reformistas, la aplicación del *centralismo democrático* y la aceptación de las decisiones de la Internacional Comunista como “partido mundial único”. Estaban pensadas para un momento de *ascenso* revolucionario.

VII CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA. Celebrado en el verano de 1935, vino a suponer un giro de importantes dimensiones en el movimiento comunista, sobre todo porque en el famoso informe presentado por Dimitrov se teorizaba y avalaba la política de los frentes populares.

bibliografia



General.

BUENO, Manuel; HINOJOSA, José; GARCÍA, Carmen (coords.): *Historia del PCE. I Congreso 1920-1977*. Vol. I. Madrid, FIM, 2007.

BUENO, Manuel, y GÁLVEZ, Sergio (eds.): “Nosotros los comunistas”. *Memoria, identidad e historia social*. Madrid, FIM / Atrapasueños, 2009.

CRUZ, RAFAEL: *El Partido Comunista de España en la II República*. Madrid, Alianza, 1987.

ELORZA, Antonio, y BIZCARRONDO, Marta: *Queridos camaradas. La Internacional Comunista en España, 1919-1939*. Barcelona, Planeta, 1999.

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando: *Guerra o revolución. El partido Comunista de España en la guerra civil*. Barcelona, Crítica, 2010.

MORÁN, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*. Barcelona, Planeta, 1986.

Otros estudios históricos.

ABAD BUIL, Irene: *En las puertas de prisión. De la solidaridad a la concienciación política de las mujeres de los presos del franquismo*. Barcelona, Icaria, 2012.

BRANCIFORTE, Laura: *El Socorro Rojo Internacional (1923-1939). Relatos de solidaridad antifascista*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.

ERICE, Francisco (coord.): *Los comunistas en Asturias, 1920-1982*. Gijón, Trea, 1996.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Carlos: *El Madrid clandestino. La rees-*

tructuración del PCE 1939-1945. Madrid, Fundación Domingo Malagón, 2002.

GÓMEZ, Mayte: *El largo viaje. Política y cultura en la evolución del Partido Comunista de España, 1920-1939*. Madrid, Ediciones de la Torre, 2005.

HEINE, Harmut: *La oposición política al franquismo. De 1939 a 1952*. Barcelona, Crítica, 1983.

MARTÍN RAMOS, José Luis: *Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947*. Barcelona, Edhasa, 2002.

PAYNE, Stanley G.: *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*. Barcelona, Plaza & Janés, 2003.

SANTIDRIÁN ARIAS, Víctor Manuel: *Historia do PCE en Galicia (1920-1968)*. Coruña, Ediciós Do Castro, 2002.

VARIOS AUTORES: *Contribuciones a la historia del PCE*. Madrid, FIM, 2004.

VARIOS AUTORES: “Estrategias de alianzas y políticas unitarias en la historia del PCE”, en *Papeles de la FIM*, nº 24, 2ª época, 2006.

VINYES, Ricard: *La formación de las Juventudes Socialista Unificadas*. Madrid, Siglo XXI, 1978.

VINYES, Ricard: *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*. Madrid, Temas de Hoy, 2002.

Biografías.

CAMINAL, Miquel: *Joan Comorera*. Barcelona, Empuries, 1985.

CRUZ, Rafael: *Pasionaria. Dolores Ibárruri, historia y símbolo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

GINARD I FERÓN, David: *Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España, 1931-1942*. Palma-Madrid, Documenta Balear, 2000.

GINARD I FERÓN, David: *Matilde Landa. De la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas*. Barcelona, Flor del Viento, 2005

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando: *Comunistas sin partido. Jesús Hernández, ministro en la Guerra Civil, disidente en el exilio*. Madrid, Raíces, 2007.

Algunos libros de memorias y testimonios.

ANA, Marcos: *Decidme cómo es un árbol. Memorias de la prisión y la vida*. Barcelona, Umbriel, 2007.

ASENJO, Mariano, y RAMOS, Victoria: *Malagón. Autobiografía de un falsificador*. Barcelona, El Viejo Topo, 1999.

AZCÁRATE, Manuel: *Derrotas y esperanzas. La República, la Guerra Civil y la Resistencia*. Barcelona, Tusquets, 1994.

CUEVAS, Tomasa: *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004.

DÍAZ, José: *La pasión por la unidad. Discursos y Artículos 1935-1938*. Madrid, FIM, 2002.

FALCÓN, Irene: *Asalto a los cielos. Mi vida con Pasionaria*. Madrid, temas de Hoy, 1996.

IBARRURI, Dolores: *El único camino*. Madrid, Castalia, 1992, reed.

LÓPEZ RAIMUNDO, Gregorio: *Primera clandestinidad*. Barcelona, Antártida /Empuries, 1993-1995, 2 t.

NÚÑEZ, Miguel: *La revolución y el deseo. Memorias*. Barcelona, Península, 2002.

SÁNCHEZ MONTERO, Simón: *Camino de libertad. Memorias*. Madrid, Temas de Hoy, 1997.

TAGÜEÑA, Manuel: *Testimonio de dos guerras*. Barcelona, Planeta, 1978.



Frans Masereel

Ilustración para la edición alemana
del Manifiesto Comunista
[1914-1919]

índice

5 / La fundación y los primeros años (1920-1931)

11 / La República y la maduración del PCE (1931-1936)

18 / Los comunistas, eje de la resistencia republicana en la Guerra civil

28 / El primer franquismo y la lucha guerrillera

37 / Glosario

43 / Bibliografía



Los editores le quedarán muy agradecidos si nos comunica n la opinión sobre el material contenido en este cuaderno, así como su presentación e impresión. Les agradeceríamos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra Dirección:

Partido Comunista de España
C/ Olimpo 35, 28043,
Madrid, España



Comité Federal
Secretaría de Formación